

## CALOR DE LOS CORAZONES.



### I.

Allá donde termina la dilatada llanura sembrada de blancas case-rías, que contemplo desde mi ventana, hay un verde y profundo valle. Por el fondo de aquel valle baja un río hácia la llanura, buscando la mar en que poco despues se pierde, y por la márgen de aquel río sube un caminito hácia mi aldea.

Junto á mi casa hay otra, abrigada con ricas alfombras y encen-didas estufas y diáfanos cristales, á cuya ventana se asoma con fre-cuencia un hermoso niño que mientras yo dirijo la vista hácia las llanuras del ocaso dirige la suya hácia las montañas del oriente.

Hace dos días que no he visto á aquel niño asomado á la ventana, pero en cambio veo que se asoma su madre, contenta y hermosa, y la pregunto:

¿Dónde está el niño, que no se asoma á la ventana hace dos días?

—Se nos ha escapado á la aldea—me contesta.

Y la vecina se retira de su ventana, y yo sigo asomado á la mia, mirando á la llanura y pensando en el niño, con los ojos poco mé-nos que arrasados en lágrimas, porque la fuga de aquel niño es para enternecer corazones más duros que el que Dios me ha dado.

### II.

Tras de la montaña hácia donde el niño suele dirigir la vista des-de su ventana, hay una pobre aldea escondida, como la mia, entre castaños y nogales.

Apénas nació el niño, su madre, temerosa de ajar su propia hermosura alimentando á sus pechos al concebido en sus entrañas, se le entregó á una pobre aldeana, que aún lloraba porque el suyo habia volado al cielo apénas nacido, para que le alimentase á sus pechos por un mezquino salario.

Y el niño, que habia nacido en una casa abrigada con ricas alfombras y encendidas estufas y diáfanos cristales, fué á vivir en una pobre casa de aldea, donde penetraban por todas partes el frio y el viento y la lluvia.

La pobre aldeana, así que tocaron en su seno los labios de aquel ángel, le dió el dulce nombre de hijo y sonrió de santa alegría cuando vió que el niño crecia y tomaba el color de la rosa al calor de su seno, y se estremeció de gozo y de amor cuando oyó que el niño arrojado del regazo materno, le daba el dulce nombre de madre.

El niño fué creciendo hermoso y feliz á la sombra de los castaños y los nogales de la aldea, donde habia un hombre y una mujer que le llamaban hijo, y unos niños que le llamaban hermano, y unos corazones que se entristecian cuando él estaba triste y se alegraban cuando él estaba alegre.

Y la pobre aldeana, aunque con grandes penas adquiria el pan para su familia, no se atrevia á venir á la villa á recibir un puñado de monedas de la rica y hermosa señora que vive junto á mi casa, porque temia volver llorando á la aldea con la noticia de que le iban á quitar su hijo.

Y cuando en las melancólicas tardes de otoño ella y su hijo adoptivo subian á la montaña á recoger el fruto de los castaños; y allá abajo, allá abajo, en el fondo del valle, veian las torres de la opulenta villa, el hijo y la madre se miraban llorando y se abrazaban y se besaban!

### III.

En una pobre aldea, escondida como la mia, entre castaños y nogales, hay un hogar donde una mujer y un hombre y unos niños hablan á todas horas con lágrimas en los ojos, de un niño ausente, y se asoman á la ventana á ver si le ven venir; y cuando le ven venir y cuando le ven llegar por su arboleda lanzan un grito de alegría y corren á su encuentro y le besan, y le abrazan, y la pobre mujer llora,

y le llama hijo de su alma, y le enjuga con el delantal el sudor de la frente y mira si trae los piecitos mojados, y le abotona la ropita para que no se quede frio, y echa leña en el hogar para que se caliente, y le hace una meriendita, suponiendo que llega muerto de hambre.

Y cuando preguntan al niño por qué le gusta más que la casa de la villa la casa de la aldea, responde:

—¡Porque en la casa de la villa tengo mucho frio!—

¡Ay, calorcito de los corazones, cuánto más vales que el de las alfombras y el de las estufas!

ANTONIO DE TRUEBA.

## ZALDIA TA LEOYA.



### I P U I A .

Leoitzar batek ekusirik zaldi mardo ta gizen bat zebillela zelaian belarra jaten, etorri zitzaion gogo edo asmoa arrapatzeko. Urreratu zitzaion, ta asko nai balio bezela, edo adiskedearen estaliz, diotsa: Ni naiz sendagille edo mediku chit aditua. Igarri zion zaldiak, zebillela gezurrez, ta asmo gaiztoz: baña ala ere egin zion arrera ona, igarri ez balio bezela, ta adierazo zion poztutzen zala idukitzeaz alako mediku bat bear orduetarako. Zaldia asi zan errenka gaiztoz, oin batean arantzea sarturik zedukala sinis erazotzeko leoyari, ta esaten dio: ¡O leoi ona! eta zeinbat gozatzen naizan nere atsekabearen erdian zu bezelako sendagille bat bear ordu onetan emen agertzeaz! Atera bear didazu atzeko oin batean sarturik dadukadan arantza oñazatzen nauena. Leoi tontotzarrak ezagutu gabe zaldiaren gogoa, diotsa: Damu det orrenbeste miñekin zu egotea; ez larritu; neronek aterako dizut arantza oñazagarri ori; nik largako zaitut miñ gabe ta